

La violencia deja un luto y un trauma que deben ser atendidos

# Impactos de bala

Erick S. Mayora\*



**W**illiam José Arias Barreto, de 20 años de edad, salió del trabajo casi al final de la tarde de aquel viernes 3 de diciembre de 1999. Por las noches estudiaba Contabilidad en el Colegio Universitario Francisco de Miranda, ubicado en la esquina de Mijares, en la parroquia Altagracia. Esa noche no tenía clase. Se fue a Guanábano, sector del barrio Catucho, donde vivía.

Diciembre había entrado con días lluviosos y aquel era un viernes de cielo nublado. Amenazaba con llover. William llegó al barrio temprano y se quedó en la entrada compartiendo con sus amigos con los que jugaba básquet, su deporte favorito. Se quedó cerca del consultorio médico de Fe y Alegría, ubicado en la entrada del barrio, justo donde comienza la rampa que da acceso al sector Guanábano.

Doris Barreto, la mamá de William, había trabajado ese día en el centro médico que ella coordinaba, y también había ido a hacer unas diligencias pendientes al sector La Quinta del mismo barrio. El trabajo con la comunidad la mantenía en un constante ir y venir por los diferentes sectores de Catucho. Cuando salió de La Quinta, se encontró con un amigo llamado Santiago, a quien luego de saludarlo, le dijo: “Cuidate por ahí, mira que hoy es viernes”. Para el caraqueño, los viernes han significado, desde hace décadas, días de alboroto, de algarabía y de peligro porque representan el comienzo del fin de semana.

Los viernes son días de cobro, hay dinero en la calle y muchos culminan su jornada laboral; en muchos lugares de Caracas se concentra la gente para tomarse unos tragos, oír música y compartir con los amigos. Nunca falta el que pregona: “Hoy es viernes de aroma, día de alzar el codo y...”. En este contexto el peligro aumenta y la delincuencia en-

Las historias que se narran aquí son reales y se han desarrollado en Caracas.

Los titulares de los periódicos no suelen dar cuenta de los traumas que crea en cada familia un fallecimiento por causa violenta.

Es algo sobre lo cual no hay consciencia ni tampoco política de Estado

*Doris sólo lo miró y continuó su camino a casa; efectivamente, unos minutos más tarde William hizo lo mismo. Al entrar en la vivienda, Doris lo notó triste; estaba muy callado.*

## Crónicas del dolor

Erick S. Mayora se licenció en Comunicación Social (UCV) hace pocos meses tras la aprobación, con la máxima calificación, de su tesis de grado *Impactos de bala*. Se trata de tres semblanzas de madres que sufrieron la pérdida de un hijo en barrios de Caracas por causa de la violencia. De los tres casos, y por razones de espacio, aquí se recogen dos. Cada uno encierra una enseñanza vital. La reacción de cada madre ante la tragedia y la forma que cada una tiene de canalizar el luto en su cotidianidad son la clave de esta crónica. El autor convivió con estas familias desmembradas para escribir su testimonio. La fe cristiana juega un papel fundamental ante la desesperación y la tristeza. Estas vivencias y diálogos recogidos por Mayora pueden muy bien formar parte de un estudio ulterior, de tipo psicosocial, de las formas del luto que va dejando la violencia en una urbe que a menudo es ajena a la piedad. ¿Cuántas historias más habrá todavía por contarse como las de Doris y Silvina?

cuentra condiciones para hacerse presente. Un panorama que se vive hoy y que no resulta novedoso para quienes, desde hace décadas, habitan en esta ciudad.

Doris se fue para Guanábano, llegó a su casa, buscó un cheque que le había dado el padre jesuita José Virtuoso para comprar el pesebre comunitario del sector. Virtuoso, hoy rector de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), para entonces se desempeñaba como director del Centro Gumilla. Tras tomar el cheque, Doris se fue al banco. Saliendo de Guanábano se encontró a William en las afueras del consultorio médico. Doris se aproximó:

–¿Para dónde vas? –preguntó él.  
–Voy al Banco de Venezuela, a la taquilla externa. ¿Vamos? –contestó Doris.  
–No. Dale. Yo te espero aquí –respondió William.

En ese momento comenzó a llover. Doris continuó su camino acompañada de una amiga que laboraba como enfermera en el centro médico de Guanábano. Mientras salían del barrio y comenzaban a patear el asfalto de la avenida Baralt, Doris comentó:

–Ojalá que llueva, que llueva bastante.  
–¿Y eso por qué, Doris? –preguntó la enfermera.

–Porque seguro que William va a querer quedarse un rató con los muchachos y yo no quiero que él esté por la calle.

Doris se fue a hacer su diligencia. William y sus amigos quedaron ahí, el cielo seguía nublado y la llovizna lo iba empapando todo poco a poco. Sobre el concreto que cubría los callejones de Guanábano comenzaban a formarse charcos de agua. El olor de la quebrada Catuche y el ruido que produce el desplazamiento natural de las aguas que corren por su cauce, configuraban el panorama aquel 3 de diciembre por la noche.

Cuando Doris regresó, William seguía parado en el mismo lugar donde lo había dejado. Estaba con un amigo. Doris los saludó. Ellos respondieron al saludo. Y en ese momento el muchacho que acompañaba a William expresó:

–Aquí, Doris, pendiente de comernos el mundo. William y yo nos vamos a comer el mundo.

–Tengan cuidado –les dijo Doris–, no sea que el mundo se los coma a ustedes.

Luego Doris continuó su camino hacia la casa, no sin antes clavar fijamente la mirada en los ojos de William. Éste se dio por enterado de que debía subir cuanto antes y dejar de estar merodeando por el sector. Así habían aprendido a comunicarse William y Doris. Muchas veces ella lo había hecho pasar pena delante de sus amigos. Si ya eran las nueve de la noche y William no había llegado a la casa, Doris bajaba a buscarlo, o si William salía del liceo a las seis de la tarde, y diez o quince minutos después no había llegado a la casa, ella lo iba a buscar, porque el liceo quedaba muy cerca.

Estas situaciones llevaron a que los amigos de William lo vieran como un *sometido*, cosa que a él le incomodaba sobremedida. Producto de ello, él y su madre llegaron al acuerdo tácito de hablarse con las miradas. Aquella noche Doris sólo lo miró y continuó su camino a casa; efectivamente, unos minutos más tarde William hizo lo mismo. Al entrar en la vivienda, Doris lo notó triste; estaba muy callado.

–¿Qué te pasa? ¿Estás bravo? –le preguntó.  
–No –contestó él.



**El muchacho al que William le había tirado la droga se quedó ahí agachado, molesto, recogiendo. William bajó y su mamá se metió a la cocina para hacerle la arepa, tarea que muy pocas veces ejecutaba con éxito.**

Entonces prendió el equipo de sonido, pues quería escuchar música e hizo algo inusual:

–Doris, consígueme un CD de vallenato.

Doris se sorprendió, pues a William no le gustaban los vallenatos; sin embargo, consiguió prestado un CD y se lo entregó. Ciertamente algo le pasaba al joven, pues empezó a escuchar *Los caminos de la vida*, canción de la agrupación colombiana *Los Diablitos*, un tema con el que se identifican muchos de los habitantes de los barrios de Caracas, un tema conocido y tarareado por quienes asumen, sin miramientos, su gusto por el vallenato y por quienes lo aborrecen como si se tratara de un gusto inconcebible.

Terminado el turno del vallenato, William dio *play* a sus discos de salsa, y comenzó a cantar al son del género latino. Con cada melodía salsera se sumergía en otras historias, como intentando escapar de la suya propia o como buscando en las letras de esas canciones la explicación a ese *no sé qué* que tenía por dentro aquella noche.

Cuando se terminó la salsa, se despegó del equipo de sonido por un instante y se paró en la puerta de la casa mirando hacia afuera, levantó los brazos y colocó las manos sobre el arco de la puerta. Así estuvo un momento, viendo y sintiendo aquella noche fría y húmeda que arrojaba a Caracas. Luego rompió el silencio y se dirigió a Doris:

–Los muchachos quieren que yo me tome unas cervezas con ellos, pero yo no quie-

ro tomar. Yo voy a bajar, les brindo unas cervezas, yo me tomo una malta y subo ahorita.

Eran cerca de las ocho y media de la noche. Doris no quedó muy complacida con lo que acaba de escuchar, y le dijo:

–Mira, usted sube ahorita. Es más, van a ser las ocho y media. Si usted a las nueve no está aquí, yo lo voy a buscar. William ya tenía veinte años, tenía mujer y un niño de tres meses de nacido a quien habían puesto por nombre Lewis, y sin embargo Doris continuaba hablándole como si fuera el niño de años atrás.

–Si vale, tranquila. ¿Me haces una arepa?  
–respondió William, al tiempo que salía de la casa.

–Ok –contestó Doris.

Él salió y ella se paró en la puerta mientras lo veía bajar. A pocos metros de la casa había un pequeño puente, debajo de éste se encontraba un hombre preparando una droga. Cuando William llegó al lugar, se agachó y cruzó unas palabras con el individuo. Doris, observando desde la puerta de la casa, dijo: “Bueno, ¿qué le pasa a William? ¿Va a fumar?”. No había terminado de pronunciar estas palabras cuando vio que William se levantó y tiró contra el suelo la droga de aquel hombre. “¡Ay, qué le pasa a William, Dios mío!” dijo Doris nuevamente. Cuando ya iba a salir para dirigirse hacia donde él estaba, éste volteó, se dio cuenta de que su mamá lo había estado observando, le hizo una seña para que se quedara tranquila, le gritó “ya vengo” y siguió bajando.

El muchacho al que William le había tirado la droga se quedó ahí agachado, molesto, recogiendo. William bajó y su mamá se metió a la cocina para hacerle la arepa, tarea que muy pocas veces ejecutaba con éxito.

Hoy Doris sigue afirmando ser un desastre en la cocina. Asegura que la masa siempre le queda dura, y las arepas deformes. En diciembre de 2009, el apartamento en el que vive actualmente estaba recién pintado y acabando de llegar del cementerio con sus hijas, Doris tenía mucha hambre; puso a freír un pedazo de pescado y como el sartén se prendió en candela, a ella sólo se le ocurrió echarle agua. El apartamento quedó ahumado, y la cocina como si no la hubiesen pintado.



... Doris supo desde el mismo instante en el que escuchó las detonaciones, en medio de la sala, al lado de su sobrina, que algo malo había pasado. El corazón quería escapársele por la boca, golpeaba muy fuerte y muy rápido entre su pecho y su espalda.

## DOS TIROS

Entonces, aquella noche, William terminó de bajar. Se consiguió con sus amigos y se instalaron al pie de las escaleras que comunican al puente Guanábano con el caserío del mismo nombre. Por razones desconocidas hasta hoy, él tuvo en ese momento una discusión con un señor apodado *el Quiquito*, cuyo hijo y yerno al parecer andaban en malos pasos. William no pensó que el problema pasaría a mayores. Se quedó ahí, a los pies de las escaleras, conversando con sus amigos, cuando de pronto, uno de los muchachos que estaba parado a su lado le dijo:

–Mosca que ahí viene el yerno de *Quiquito*, y te viene apuntando.  
–¡Ah, esa vaina es de juguete! –contestó William.

El yerno de *Quiquito* se le acercó amagándolo con un arma de fuego, y William no se quedó quieto, por el contrario, apartó con sus manos el arma.

Estando Doris en la cocina haciéndole la arepa a William José, entró una sobrina y le dijo: “Tía, ten cuidado porque allá abajo *Quiquito* estaba discutiendo con William. Ten cuidado. Pendiente”. En eso, ambas salieron de la cocina y llegando al medio de la sala se oyeron dos detonaciones que inmediatamente aceleraron el corazón de Doris.

Unos minutos antes, Janeth Calderón, vecina y amiga de Doris desde hacía varios años, había llegado del trabajo en medio de la llovizna y vio a William en la entrada del barrio, en las inmediaciones del centro de salud. Lo saludó y siguió hacia su casa. Apenas había entrado cuando también escuchó las detonaciones.

En Catuche, como en cualquier barrio de Caracas, es costumbre lanzar *triqui traquis* durante todo el mes de diciembre. Las detonaciones de *fosforito* no sue-

len distinguirse de los disparos por armas de fuego.

Janeth pensó en un primer momento que eran fuegos artificiales, hasta que escuchó: “Janeth, corre, corre, que es el hijo de Doris, le dieron al hijo de Doris”. En cambio Doris supo desde el mismo instante en el que escuchó las detonaciones, en medio de la sala, al lado de su sobrina, que algo malo había pasado. El corazón quería escapársele por la boca, golpeaba muy fuerte y muy rápido entre su pecho y su espalda.

## LA HISTORIA DE DORIS

Doris nació en la ciudad de Cumaná, en el estado Sucre, el 20 de noviembre de 1959. En 1974, con 15 años, Doris llegó a Caracas intentando construir su propia historia. Primero vivió alquilada en una habitación, luego salió de ahí para instalarse en algo propio: un rancho en el barrio Catuche. Esta barriada está ubicada en el municipio Libertador, entre las parroquias Altagracia y La Pastora. En sentido norte-sur el barrio Catuche se extiende desde la falda del Ávila hasta las inmediaciones de Parque Central y está habitado por personas de muy pocos recursos económicos.

Antes de cumplir los 18 años Doris se enamoró y trajo su primera hija al mundo: Susana Arias Barreto, nacida en 1974, que va a parecerse mucho a Doris en su manera de ser. “Susana es loca, es liberal, así como era yo. Siempre ha hecho lo que ha querido. No me puedo quejar porque *de tal palo tal astilla*”. El padre de Susana también es el padre de los otros dos hijos de Doris: William José Arias Barreto, nacido en 1979, y Luisana Arias Barreto, en 1982. Tiempo después de haber nacido su última hija, Doris pone fin a la relación de pareja, y comienza a enfrentar la vida sola, como madre soltera. Tiene entonces que asumir el reto de sacar a sus hijos adelante.

A mediados de la década de los 80, Doris entra en contacto con los jesuitas a través del padre José Virtuoso y comienza a dar sus primeros pasos dentro de los proyectos de Fe y Alegría.

Empezó a trabajar en estos programas sin cobrar un sueldo, cree que lo que la atrajo y la amarró fue el contacto con los valores cristianos más que cualquier otra cosa. “Hoy en día yo digo, bueno, me saldré de todo menos de la comunidad cristiana que es esa columna vertebral que tengo, que si se dobla, ¡bueno pues...!”.



**El caudal del río creció mucho más llevándose todo lo que encontraba a su paso: árboles, rocas, casas enteras, vidas humanas, años de trabajo y esfuerzo.**

El 3 de diciembre de 1999 la violencia delincuencial que ya se vivía en Caracas le quitó a Doris un gran regalo de cumpleaños que había recibido veinte años atrás: su único hijo varón.

Después que salimos del Hospital Vargas [la noche de la muerte de William] no recuerdo casi nada. Yo quedé como bloqueada. Caminaba y me perdía. Por mi mente pasaban muchas cosas malas. No recuerdo casi nada del velorio, no recuerdo a la gente, no recuerdo lo que me decían. Son muy pocas, muy pocas las cosas que recuerdo de esos días.

Una de esas poquísimas cosas que recuerda es un breve instante que se le grabó en la memoria para siempre y que cuenta hoy muy conmovida:

Recuerdo a un muchacho de Portillo que le decían *Morocho*, yo le di clases a él de refuerzo escolar. Era *malandro* y no se trataba con William. Él llegó al velorio, se quitó una gorra roja que traía puesta y sólo con la mirada ese niño me pudo decir más que lo que me pudieron haber dicho con palabras muchas de las personas que estaban ahí. Ni siquiera hizo falta que este muchacho dijera algo para yo saber que estaba compartiendo mi dolor con él.

La respuesta que el padre Virtuoso y otros esperaban por parte de esta mujer era la renuncia total a todo el trabajo que venía haciendo.

Porque si tú trabajas por una comunidad, por los jóvenes que ahí habitan, te esfuerzas por cambiar las condiciones de vida, y uno de los habitantes de esa comunidad te mata a tu hijo, lo más normal es mandar todo al carajo, y todavía para más, tras el deslave del 99, la pobre mujer no sólo queda sin hijo, sino que queda sin casa.

Sin embargo, Doris respondió de una manera inesperada.

Según el ex director del Centro Gumilla, con esa tragedia ocurrió un salto cualitativo pues, desde el punto de vista cristiano, el caso de Doris es un misterio; algo así como una resurrección, es como pasar de la muerte a la vida.

Hoy ella sigue muchísimo más comprometida con la comunidad. Es una madre a la que le quitan un hijo y entonces se vuelve más madre. Uno se imaginaría que la muerte de William sería algo así como un estrellarse contra la pared y un



debilitamiento total de las motivaciones, y resulta que no, que más bien es un soporte y una base para seguir.

#### **Y LUEGO, LA CASA**

El 15 de diciembre de 1999 se realizó la *última noche* del novenario de William. Durante todo el día había llovido, y al morir la tarde el panorama no había cambiado.

Terminando el rezo, la quebrada Catuche comenzó a aumentar su nivel producto de las constantes lluvias. Cada momento bajaba más y más agua y con mucha más fuerza. El ruido era ensordecedor. Parecía que un rugido de fiera brotaba desde las entrañas del cerro El Ávila.

Las personas que, años atrás, habían construido sus casas en las playas de la pacífica quebrada sintieron temor. Veían amenazadas sus viviendas y sus propias vidas. La intermitente lluvia complicaba la situación. Los vecinos comenzaron a desalojar el lugar. Urgía apartarse de los límites de la quebrada. En medio de este panorama la desgracia llegó. El estruendo dejó atónitos a muchos. El caudal del río creció mucho más llevándose todo lo que encontraba a su paso: árboles, rocas, casas enteras, vidas humanas, años de trabajo y esfuerzo.

Según un artículo publicado en el diario *Últimas Noticias*, el martes 10 de agosto de 2010 la vaguada de 1999 afectó a 9 mil habitantes que ocupaban las orillas de los mil 250 metros de longitud de la quebrada Catuche. De éstos, 5 mil quedaron damnificados y 12 perdieron la vida. Seiscientas viviendas de las ochocientas que resultaron afectadas, fueron destruidas por la fuerza de la naturaleza aquella madrugada del 16 de diciembre



William Arias

**De Doris no salían palabras hacia Dios que no fuesen de reproche o de reclamo. A pesar de ello, sabía y sentía que Dios estaba ahí. “Era como ese amigo que tú tienes, que es fiel, que por más distante que esté, tú sabes que te está acompañando. Eso era justamente lo que a mí me pasaba”.**

de 1999. La casa de Doris desapareció con el deslave.

Aquella noche del 15 para el 16 de diciembre, Doris se levantó, se alistó, respiró profundo y comenzó, sin miramientos, a servir de apoyo a todos por igual.

Inmediatamente con la tragedia abrí el centro de salud, y recuerdo que a la primera familia que ayudamos fue a la del muchacho que mató a mi hijo. Ellos fueron los primeros. Yo no sentía ni pensaba nada sobre eso en ese momento. A mí lo que me movía era que a la gente no le pasara nada. No había ningún tipo de cuestionamientos. Nada. Decir eso sería mentir.

Aunque Doris tendió la mano a los familiares del asesino de su hijo sin ningún tipo de cuestionamiento, el 18 de diciembre, dos días después del desastre generado por las lluvias, pasó algo que Doris califica como curioso. Estando en el centro de salud, entró el padrino de Confirmación de William y se dirigió a ella:

–Comadre, ¿no tiene agua por ahí para que le de a *Quiquito* (el suegro del muchacho que disparó contra William)?

Doris se le quedó mirando, y dijo:

–Dios mío, pero, ¿qué quieres tú de mí? ¿Qué es lo que yo te he hecho que hasta a los enemigos y asesinos de mi hijo yo les tengo que dar de comer y de beber?

En lo que Doris pronunció estas palabras sintió como si un peso enorme se le quitara de encima. Buscó y entregó el agua y una bolsa de comida de las que habían llevado al centro para atender a los afectados. Ahí sintió como si cerraba un capítulo en su vida.

Desde esa madrugada del 16 de diciembre Doris se reincorporó a su quehacer cotidiano. No sabe por qué actuaba, sólo sabe que había muchas cosas por hacer y que ella estaba ahí para hacerlas. Actuaba sin pensar mucho, iba y venía como un robot. Se dedicó a trabajar, no sabe si consciente o inconscientemente, en medio de la tragedia. ¿La razón? Ayudar.

Janeth dice que si a Doris le hubiese tocado vivir un diciembre tradicional, de gaitas y parrandas, de misas de aguinaldo en Catuche como se hacía cada año, eso quizás sí la hubiese acabado, pero

el compromiso que asumió con la gente le permitió reponerse.

Doris estaba peleada con Dios desde el 3 de diciembre, pero desesperada, en medio del deslave, recuerda que le preguntó: “Señor, ¿qué es esto?” Luego pensó: “Esta tragedia pasó por algo y para algo”. Hoy Doris reflexiona sobre lo ocurrido y hace una observación:

Todo el que tenía más quedó igual que el que tenía menos, hay que ver cuál es la enseñanza de las cosas que ocurren, lo que pasa es que no nos dedicamos a eso, andamos tan ocupados que no tenemos tiempo para pensar y aprender de lo que nos pasa.

La relación conflictiva que Doris estableció con Dios por la muerte de William es un elemento al que la misma Doris le da mucha importancia dentro de ese proceso de dolor que estaba viviendo, y que con el tiempo se transformó en una etapa de crecimiento personal. Para Doris, Dios se convirtió en ese enemigo que tenía la culpa de todo, porque ella ponía a William en sus manos todos los días. De Doris no salían palabras hacia Dios que no fuesen de reproche o de reclamo. A pesar de ello, sabía y sentía que Dios estaba ahí. “Era como ese amigo que tú tienes, que es fiel, que por más distante que esté, tú sabes que te está acompañando. Eso era justamente lo que a mí me pasaba”.

A finales de enero del año 2000, Doris viajó con un par de amigos a Amazonas. Quería estar sola para llorar, por eso huía de la convulsionada ciudad; sin embargo, no lloró, no pudo. Cuenta que en ese viaje tuvo la pelea más fuerte con Dios, pero también recibió una de las respuestas más contundentes que Él le había dado durante su larga relación. “Ha sido una de las experiencias más duras y más sabrosas que he tenido”, afirma.

En aquel viaje tuvo la oportunidad de ver a unos indígenas que no tenían nada que comer, que no tenían de beber sino el agua del río, que no tenían luz sino la luz natural, que no tenían zapatos e igual vivían. Y no sólo vivían, sino que eran felices, y que se levantaban por la mañana con una sonrisa de cachete a cachete. Todo esto impactó profundamente a Doris y marcó su manera de relacionarse con el mundo.

Ver eso a mí me llenó y pensé entonces: ‘no puede ser que este mundo



*Silvina llegó a Nuevo Día cuando tenía cuatro meses de embarazo de Ronny. Se había enamorado y producto de ese amor nacería su segundo hijo. El primero, Daniel, había nacido en Colombia, y allá se había quedado con su familia paterna.*

exista'. Mientras uno en la ciudad está pendiente de la última moda, del último pantalón o del último par de zapatos, de ir a la peluquería, pintarse las uñas y dejárselas crecer, de que no friego un plato para que no se me partan las uñas, de que hoy no quiero comer esto sino lo otro, esta gente que no tiene para escoger, sin embargo es tan feliz. Uno allá, en la ciudad, con tantas posibilidades, termina siendo tan infeliz delante de esta gente.

Aquello que Doris experimentó como una respuesta de Dios, junto a un curso de desarrollo humano para el trabajo comunitario que hizo al volver de Amazonas, le ayudó a asimilar todo lo que le estaba pasando.

Sin embargo, la reconciliación con Dios se concretaría en un viaje a España y Alemania que tuvo que hacer aproximadamente en agosto de 2001. En este viaje Doris estuvo muy sola. Y más cuando le tocó ir a Alemania. No sabía hablar inglés ni alemán. No los habla ni los escribe, y además los detesta. Tuvo que hacer trasbordo en Francia y eso también representaba un reto. Significaba estar en un lugar donde nadie la conocía y eso la hacía sentir muy pequeña. A pesar de ello, pudo salir airosa en todo momento. Fue entonces cuando se dio cuenta de que en realidad no andaba sola, se percató de que Dios siempre había estado con ella a cada instante. Fue en medio de esta ex-

periencia cuando se reconcilió con Dios. En un momento de ese viaje a Doris le hacen una pregunta inesperada:

–¿Por qué sigues trabajando en Catuche si ahí te quitaron a tu hijo?

–Bueno, ¿pero quién soy yo para no hacerlo? Si a la Virgen María le mataron a su hijo, y todavía sigue vigilando y viendo por nosotros, ¿quién soy yo para que me maten a mi hijo y no seguir trabajando por los demás? –respondió sorprendida ella misma de la respuesta.

#### **OTRO CASO**

Silvina nació en Colombia, específicamente en Mulatos, pueblo costeño y noroccidental del departamento de Antioquia. A los 21 años se vino a Venezuela por dos razones: porque le gustaba caminar, andar, ir y venir, y porque tuvo un problema, un problema del que no habla. “¿Sabes? Colombia y Venezuela son como países hermanos, son vecinos, y bueno, uno va donde su vecino ante cualquier problema o ante cualquier situación”. Sólo eso dice.

Llegó a Caracas en 1979. Se instaló en Lídice, zona popular del oeste de la ciudad. Posteriormente se mudó al otro extremo de la capital, a Petare, una de las barriadas más grandes de Venezuela, conformada a su vez por dos mil barrios más pequeños. Luego, en 1983, volvió al extremo de la ciudad de donde había salido, pero ahora su destino no sería Lídice, en esta oportunidad llegaría al barrio Nuevo Día ubicado entre la carretera vieja y la autopista Caracas-La Guaira. Ahí se residió definitivamente en una vivienda de madera y zinc, que luego, con esfuerzo, fue construyendo de bloques rojos y cemento.

Nuevo Día es un barrio que tiene su génesis en la construcción de la autopista Caracas-La Guaira en la década de los cincuenta. Silvina llegó a Nuevo Día cuando tenía cuatro meses de embarazo de Ronny. Se había enamorado y producto de ese amor nacería su segundo hijo. El primero, Daniel, había nacido en Colombia, y allá se había quedado con su familia paterna. De esto tampoco da detalles. Después de dar a luz a Ronny, comenzó a trabajar, primero en las oficinas de una constructora en Los Ruices, luego, haciendo unos días de limpieza en casas de familia. Con estos dos empleos salió adelante durante casi diez años.



*En las sencillas pero certeras palabras de Silvina, se puede percibir cómo los problemas que se dan en la sociedad venezolana pueden ir condicionando el estilo de vida de las personas. En este caso, de su persona.*



En 1993 nace su tercer hijo: Yeferson Eduardo Gamero Zúñiga. Él es el producto de una tercera relación amorosa de corto aliento que vivió Silvina y que la dejó muy afectada sentimentalmente. Estando Yeferson muy pequeño, la relación con el papá de éste se terminó. Silvina no habla de sus relaciones de pareja ni de los motivos por los que tales relaciones terminaron.

Cuando tuve a Yeferson, él me salió muy asmático, eso hizo que perdiera muchos días de trabajo, porque yo vivía metida en un hospital con él. Así perdí el trabajo de la oficina, y me quedé con los señores a los que les limpiaba la casa por día. Desde entonces comencé a trabajar con esta familia todos los días.

Hoy Yeferson tiene 17 años de edad y Silvina tiene casi el mismo tiempo laborando con las mismas personas. “A mí no me gusta estar cambiando de trabajo”, sostiene. En la oficina sólo se encargaba de la limpieza, pero cuando se convirtió en doméstica, el trabajo se multiplicó. Ahora le corresponde limpiar, cocinar, estar pendiente de las cosas de la casa, lavar, planchar y mucho más.

Así fueron pasando los años. Silvina tuvo que salir a trabajar a diario para criar sola a sus dos hijos, y para ir mejorando poco a poco su vivienda. Estos dos grandes proyectos de vida se fueron concretando satisfactoriamente. Entonces tenía sentido soñar y hacer planes a futuro. Todo esto cambió en enero de 2003.

La mezcla a base de leche, harina de trigo, azúcar, huevos, vainilla y coco, cocándose en el horno a fuego lento, emanaba un olor que, hace años, traspasaba las paredes de la casa de Silvina

y se iba metiendo poco a poco en cada una de las casas vecinas, atrayendo a todos los muchachitos del sector y a otros no tan muchachitos. Silvina preparaba caramelos, galletas, tortas y helados, con los que endulzaba los días amargos de muchos en el barrio: de los que tenían dinero para comprar, de aquellos que no tenían, pero pedían fiado, y también de los que simplemente pedían, sin más.

“Eso me encantaba. Incluso, muchas veces, cuando los muchachitos estaban en la casa jugando, yo me ponía a hacerles un dulce. Con eso no les hacía ningún daño. ¿Qué mal podían hacer el coco y el azúcar? Pero después no me compraban, esperaban que yo siempre regalara los dulces. Así tampoco se puede”, comenta Silvina en medio de una pícaro sonrisa.

El uso de la palabra ha sido la estrategia más clara que ha empleado esta mujer, a lo largo de los años, para combatir el posible mal comportamiento de sus hijos, lograr una buena conducta en ellos y enseñarles muchas cosas de la vida. Silvina siente que no tiene nada más.

Yo siempre he conversado mucho con mis hijos. Ronny y yo siempre hablabamos mucho. Una vez, ya estando acostados todos, yo estaba leyendo y el me pegó un grito: ‘Silvina, háblame. Estás muy callada’ ¿Ves? Quería que le hablara. Quería que habláramos. Así éramos. Incluso, cuando yo hablaba sola, sé que él me escuchaba, porque cuando yo andaba calladita él me preguntaba que qué me pasaba que estaba tan callada.

#### **PENSAR EN GRANDE**

Los conflictos políticos que se vivieron en el país en el año 2002, además de la delincuencia que hizo de las suyas durante el mismo período (más de nueve mil asesinatos en el país), preocupaban mucho a Silvina:

Yo siempre hablaba con Ronny en esos días, siempre trataba de hacerle ver las cosas malas y las cosas buenas. Le pedía que no saliera, que no andara por ahí porque era peligroso. Que no se metiera en problemas. Yo le decía: ‘Hijo, no es que no vayas a fiesta, pero mira cómo están las cosas, el mundo anda mal y uno tiene que tomar conciencia.





Ronny Torres

***Yo siempre hablaba con Ronny en esos días, siempre trataba de hacerle ver las cosas malas y las cosas buenas. Le pedía que no saliera, que no andara por ahí porque era peligroso. Que no se metiera en problemas.***

El mundo, para Silvina, es el escenario de referencia más inmediato, por eso sus pensamientos adquieren una especie de universalidad.

A mí me entristece la forma de vivir que uno lleva actualmente. Sea por la falta de dinero, por la inseguridad o porque uno tiene que trabajar mucho, el hecho es que ya ni podemos pasear. Uno tiene que vivir a juro de la casa al trabajo y del trabajo a la casa.

Denuncia así un modo de vida inaceptable. En las sencillas pero certeras palabras de Silvina, se puede percibir cómo los problemas que se dan en la sociedad venezolana pueden ir condicionando el estilo de vida de las personas. En este caso, de su persona.

Otra de esas reflexiones con sentido universal que expresa esta mujer se centra en un tema muy particular: la locura. Nos comenta irónicamente,

La historia del mundo está llena de gente que habla sola. Cuando yo fui a Colombia el año pasado (2009) me tocó ir a pagar la luz y allá vi a gente hablar sola diciendo: 'Esta luz si está viniendo cara, yo no sé qué vamos a hacer'. Cuando yo vi eso, dije: 'Mira, esa persona está hablando sola como habla Silvina en Venezuela, y allá la gente dice que Silvina está loca'. Entonces creo que habemos muchos locos en el mundo.

Los sentimientos, más que la razón, han llevado a Silvina a concebir ese mundo como un espacio más próximo de lo que muchos imaginan. Dios y Ronny están muy presentes en él, ambos permanecen dándole pautas que ella va siguiendo en el proceso, aún inconcluso, de crianza de Yeferson.

Hoy, con su hijo menor, y con la pareja de éste, de 17 y 15 años respectivamente, sigue utilizando la misma estrategia de enseñanza que utilizaba con su segundo hijo: hablar.

Estudien para que salgan pa'lante. Yo les sirvo, les cocino, les atiendo con tal de que salgan pa'lante. No anden por ahí de noche, porque es peligroso. Yo no se los digo por nada malo, se los digo por lo que le pasó a mi Ronny.

La muerte de este muchacho, un joven que volaba papagayos sobre los te-

chos de zinc de las casas del barrio, que le gustaba bailar, tomar y tener novias, ha convertido a Silvina en una madre confiada en Dios, alejada de la gente y temerosa por lo que le pueda pasar a su hijo menor, la única persona que le queda en suelo venezolano.

Después de la muerte de Ronny, el 31 de enero de 2003, Silvina siguió compartiendo con la gente del barrio, pero sentía algo que le decía en su interior que no comentara nada sobre lo sucedido. Es a partir de entonces cuando comienza a poner distancia y a vivir mayormente entre dos únicos ambientes: el trabajo y la casa; nada más.

"A mí lo que me da miedo es que uno no sabe quién fue el que mató a mi hijo, y de pronto uno no sabe si está hablando con el enemigo". Por esta razón, y por desconfiar de la capacidad de acción de las autoridades venezolanas, Silvina dice no querer saber a ciencia cierta qué pasó, pues le da miedo la actitud que pueda tomar Yeferson al saberlo, o las represalias que puedan tomar contra él los implicados en el caso.

Yo le pido a Dios que me ayude, porque ¿a quién más le va a pedir uno que lo ayude? Yo no le pedí ayuda a ninguna autoridad, porque ¿para qué? Dios es grande y poderoso. Yo sé que él, donde quiera que esté, me está haciendo ver que deje todo en sus manos.

Silvina es católica, cree en Jesús y en los santos y siempre ha mantenido un contacto directo con Dios a través de la lectura permanente de la Biblia y de libros espirituales. Así ha aprendido a ver la vida desde una óptica diferente, una óptica que ha permitido el surgimiento de un comentario generalizado y desagradable en el barrio: Silvina está loca.

Me tienen por loca. Piensan que yo estoy loca porque hablo sola. Pero uno nunca sabe. A lo mejor es Dios que empieza a hablar con uno y uno lo que hace es responder, y entonces la gente viene y dice que uno está loco, pero no necesariamente tiene que ser así.

Una vez pensó en escribir esas cosas de las que habla cuando está sola para ver si luego alguien le explicaba el significado de esas mismas cosas, pero nunca lo intentó. "A veces me gustaría escribir porque a veces me salen cuentos bonitos, pero también a veces me

Cerca del mediodía del viernes 31 de enero de 2003, Ronny Abel Torres Zúñiga, de 19 años de edad, salió de su casa ubicada en el barrio Nuevo Día de la carretera Caracas-La Guaira. Subió a Catia para encontrarse con unos amigos. Irían a bailar, a rumbeo, a pasarla bien.

## Cifras sin justicia

El Instituto Nacional de Estadística (INE), basándose en los resultados del Censo General de Población del año 2001, estimaba que para el año 2008 habría en el país 6 millones 631 mil 697 hogares (hay 6 millones 420 mil 537 según la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de Seguridad Ciudadana 2009 del INE), de los cuales 2 millones 275 mil 251 estarían a cargo de mujeres. De esta última cifra, más de un millón 610 mil hogares serían dirigidos por mujeres solteras.

Para el mismo año (2008), y con base en el mismo censo, se estimaba que en el Distrito Capital existirían 454 mil 238 hogares; 160 mil 808 de estos hogares tendrían como jefe o cabeza de familia a una mujer, es decir, 35,40 por ciento, una cifra bastante significativa. De corresponderse estos datos con la realidad, Doris y Silvina se ubicarían dentro de este porcentaje como dos de esas mujeres solteras que han tenido que salir a trabajar para satisfacer las necesidades de sus hogares. Los casos de estos jóvenes asesinados, pertenecientes a los niveles más pobres de la estratificación socioeconómica, al parecer son reflejo de una problemática con características bien definidas, que se estaría dando en la sociedad venezolana y en la región latinoamericana en general.

Roberto Briceño-León, sociólogo y director del Observatorio Venezolano de Violencia, basándose en informes emanados del Banco Interamericano de Desarrollo en el año 2002, dice que “la violencia es un asunto de jóvenes. Se estima que 28,7 por ciento de todos los homicidios que ocurren en América Latina tienen como víctimas a jóvenes de entre 10 y 19 años de edad”.

Los casos de William y Ronny no han sido resueltos por los entes pertinentes. Doris y su familia esperaban como acto de justicia la detención de los responsables de los asesinatos. Que los culpables pagaran, tras las rejas. Esta aspiración no se ha concretado. Para Silvina, el ideal de justicia fue asumido de otra manera. No se molestó en poner la denuncia, pues no confió entonces, y no confía hoy, en las autoridades venezolanas. En Dios puso sus esperanzas.

Sin embargo, en los dos casos el Estado venezolano tenía y sigue teniendo el deber de brindar respuestas satisfactorias a las familias afectadas según lo indicado en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, y según lo establecido en declaraciones internacionales sobre justicia y derechos humanos suscritas por Venezuela.

siento como triste, confundida, llena de problemas, y entonces ya se me quitan las ganas”. Hoy cree que el hablar sola forma parte de conversaciones que Dios establece con ella; sin embargo, no piensa explicárselo a nadie. “Que cada quien piense y diga lo que quiera”, dice.

Silvina tiene una manera propia de vivir la vida, un *modus vivendi* que a veces no cabe en la cabeza de muchos de quienes, en el barrio o en la calle, establecen contacto con esta venezolana nacida más allá de las fronteras.

Hay muchas personas viviendo en un mundo falso. Si yo hoy quiero comer carne, pero sólo tengo dinero para comprar mortadela, yo no voy a ir donde el vecino a pedirle prestado para poder comer carne. Eso es vivir de las apariencias. Yo creo que si Dios hoy no me permite comer carne, es por algo, y sé que mañana él me recompensará permitiéndome comer esa carne que hoy no pude comer.

Esta es una de las reflexiones que hace hoy Silvina sobre las realidades de su entorno. Igualmente nos comenta, refiriéndose a los trabajos que para el momento de la conversación estaban haciendo en la fachada de su casa, en el marco de la Misión Barrio Nuevo, Barrio Tricolor.

Cada vez le damos más importancia a las apariencias. Fíjate, tu vienes y me frisas la casita del lado de afuera y me la pintas, ¿y si se moja cuando llueve? O sea, ¿cómo me voy a vestir sin zapatos? El techo era más importante, pero no se veía. No importan las apariencias, lo que de verdad importa es resolver las necesidades. Y eso sí, que uno pague esa ayuda que uno recibe, porque así uno sabe que pagando puede ayudar a otros.

### SIETE AÑOS SIN SABER QUÉ PASÓ

Cerca del mediodía del viernes 31 de enero de 2003, Ronny Abel Torres Zúñiga, de 19 años de edad, salió de su casa



En la tarde del lunes 3 de febrero de 2003, cuando Silvina regresaba del trabajo a su casa, iba llena de incertidumbre pero esperanzada en que Ronny hubiese vuelto.

ubicada en el barrio Nuevo Día de la carretera Caracas-La Guaira. Subió a Catia para encontrarse con unos amigos. Irían a bailar, a *rumbear*, a pasarla bien. Eso fue lo que le dijo a Yeferson Eduardo Gamero Zúñiga, su hermano menor, quien para entonces tenía nueve años de edad.

Ronny salió pasando por alto la sugerencia dada por Silvina Zúñiga, su madre, durante las primeras horas de la mañana de ese mismo viernes: “Hijo, no te vayas para la calle”. Subiría a Catia con *Pipo*, uno de sus amigos, pero como éste tardaba mucho en bañarse y arreglarse, prefirió adelantarse. Inexplicablemente, nunca llegó al punto de encuentro.

Aquel viernes Silvina, Ronny y Yeferson se levantaron muy temprano. Sin imaginarlo, aquella mañana, con sus palabras, sus gestos y quehaceres, sería la última que compartirían los tres reunidos como la familia que eran.

Cuando llegó el viernes en la noche a la casa, Silvina se encontró con que Ronny había salido. Se molestó mucho, pues ella le había pedido que no lo hiciera. “Mamá, él me dijo que iba para una fiesta y que venía el sábado”, dijo Yeferson. Silvina no pudo dormir bien esa ni ninguna de las noches venideras.

El sábado en la mañana la preocupación se apoderaba de ella. Salió temprano y en las escaleras se encontró con el señor Juan Torres, abuelo paterno de

Ronny, quien vive en una casa vecina. Entablaron una conversación y Silvina le manifestó el sentimiento de angustia que la invadía.

—¿Llegó Ronny? —preguntó el señor Juan.  
 —No. No vino a dormir y aún no llega. Eso me tiene preocupada —contestó Silvina.  
 —Quédate tranquila que seguro no se vino anoche de la fiesta porque era muy tarde. Ese llega en cualquier momento —sugirió el señor Juan.

Pero el joven no llegó el sábado; tampoco lo hizo el domingo.

En la tarde del lunes 3 de febrero de 2003, cuando Silvina regresaba del trabajo a su casa, iba llena de incertidumbre pero esperanzada en que Ronny hubiese vuelto. Desde la autopista Caracas-La Guaira, a la altura del barrio Nuevo Día, por la ventana del *yip* en el que se dirigía al barrio, pudo ver a Yenny —una muchacha que había sido pareja de Ronny y con quien había vivido un tiempo— sentada en la puerta de la casa. Silvina pidió la parada en la primera entrada (por la autopista Caracas-La Guaira el barrio Nuevo Día tiene tres entradas). Subió la rampa inclinada que da acceso a las escaleras del sector, luego comenzó a subir escalón por escalón. Traía su cartera y una bolsa con un pollo y unos plátanos. Eso y el cansancio le tumbaban los hombros y, para colmo, la tragedia la esperaba unas cuantas casas más arriba.

Ya faltándole algunos escalones para llegar, Silvina se detuvo frente a la casa del señor Juan. Necesitaba descansar un poco. Desde ahí pudo ver a Yeferson, a Yenny y a varios niños jugando en la puerta de su casa. “Yenny, ven acá”, dijo Silvina desde abajo, pero Yenny, al verla, se metió corriendo a la casa. “Algo le pasó a Ronny”, murmuró Silvina, e inmediatamente dejó caer al suelo el pollo, los plátanos y la cartera, y echó a correr escaleras arriba. Entró en la casa mientras gritaba:

“Yenny, dime qué pasó, ¿por qué corriste así? Habla. ¿Dime qué pasó? ¿Le pasó algo a Ronny?”. Pero Yenny no respondía, lo único que hacía era llorar.

El calvario de estos días no sólo fue padecido por Silvina. También para los amigos de Ronny fueron días difíciles. Quienes se encontrarían con él el viernes en la tarde se extrañaron por el hecho de que no llegara, pues, según sus testimonios, el joven no acostumbraba a faltar nunca a ninguno de sus compromisos.



**Me extrañó mucho que Ronny estuviera por esa zona, tuve la esperanza de que no se tratara de él. Cuando llegamos a la sala de autopsias el funcionario que nos acompañaba pidió que nos mostraran al negrito. Cuando dijo así yo sentí algo extraño, sentí que sí era Ronny.**

Como Ronny no llegó, sus amigos pensaron que andaba con *Cheito*. Se comunicaron con él y le preguntaron. *Cheo* les informó que no estaba ni había estado con él ese viernes. En ese momento se preocuparon, pues Ronny siempre les decía a sus amigos lo que iba a hacer. Esta vez, desconocían su paradero.

Durante ese fin de semana lo buscaron en diferentes lugares a los que podía haber ido: en Tacagua, barrio muy cercano a Nuevo Día, ubicado en la ladera sur de la autopista Caracas-La Guaira, donde vive su tío Felipe; en Petare, en casa de una tía; en Guarenas, donde vive su abuela paterna. En ninguno de estos lugares estaba. En ninguno de estos lugares sabían nada de él.

Infructuosamente lo buscaron en la policía. Luego planearon ir a los hospitales. Estando cerca de la morgue de Bello Monte, decidieron acercarse con la esperanza de que no estuviera en ese lugar.

Llegamos y revisamos la lista como en tres oportunidades. En la última revisión nos encontramos con su nombre. Nos llevaron a donde están los cuerpos. Mientras bajábamos yo le pregunto al policía qué había pasado y él me dice que recogieron el cuerpo con tres tiros en el pecho, en la Cota 905. Me extrañó mucho que Ronny estuviera por esa zona, tuve la esperanza de que no se tratara de él. Cuando llegamos a la sala de autopsias el funcionario que nos acompañaba pidió que nos mostraran al *negrito*. Cuando dijo así yo sentí algo extraño, sentí que sí era Ronny. Nos muestran el cuerpo, lo vimos, y uno viéndolo ahí puede creer que no es. Nosotros decíamos que sí era, que no era, que sí era. Era como una negación ante lo que estábamos viendo.

Los efectivos policiales tuvieron que pedirle a *Cheo* y a su acompañante que se calmaran, pues tenían que dar una respuesta definitiva. Terminaron asumiéndolo: era Ronny. *Cheito* preguntó nuevamente qué había pasado, y otro funcionario explicó que lo habían encontrado en la Cota Mil con dos tiros en la cabeza. Salieron de la morgue sin una versión clara de lo que había sucedido. Desde ahí la confusión se apoderó del caso. Hoy no se conoce con claridad lo que sucedió.

Si, por cualquier motivo, la señora Silvina o los amigos de Ronny se hubie-

sen tropezado con las páginas de sucesos del diario *El Nacional*, del domingo 2 de febrero de 2003, la espera hubiese sido menos larga, pero la tragedia hubiese llegado en menor tiempo.

Los funcionarios del CICPC brindaron a la prensa una versión distinta. Sandra Guerrero escribió para *El Nacional* unas breves líneas sobre lo declarado por los funcionarios en las puertas de la morgue: “Ronny Abel Torres Zúñiga, de 19 años, murió de un disparo cuando intentó atracar a un funcionario de la policía judicial a quien encañonó con una pistola en la estación Los Símbolos del Metro, frente a la Plaza Las Tres Gracias”<sup>1</sup>.

“Esta versión tampoco es creíble, pues Ronny no visitaba esta zona de la ciudad. Además, estoy seguro que ni sabía llegar por allá”, sostiene *Cheito*.

Con el tiempo, la familia de Ronny ha ido atando cabos y hoy tiene su propia versión. Aseguran que no tienen manera de comprobarla; sin embargo, es la versión con más sentido ante la ausencia de una respuesta clara por parte de las autoridades.

Yenny, la joven que había sido pareja de Ronny, y que apareció la noche del domingo 2 de febrero de 2003 en casa de la señora Silvina, se quedó a vivir ahí por más de un mes. Luego desapareció. Hasta el sol de hoy –septiembre de 2010– no se sabe nada de ella.

A medida que fueron pasando los años, la familia se enteró que esta joven estaba involucrada sentimentalmente con un funcionario del CICPC, y que esta relación se mantuvo mientras Ronny y Yenny vivieron juntos. Para *Cheito*:

Hasta ahora la versión que nosotros creemos correcta es que este funcionario le quitó la vida a Ronny por esta muchacha. No tenemos ninguna prueba, ni la culpamos a ella de nada, pero hay circunstancias que nos hacen pensar que esta joven sabe lo que pasó.

\* Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.

#### NOTAS

- 1 La plaza Las Tres Gracias está frente a la estación Ciudad Universitaria del Metro de Caracas.